

Akáthartos (Saga Tektet)

Maribel García Palomo



Capítulo 1

Prólogo

2009.

Solsticio de verano.

Sin duda se trataba del lugar indicado, del momento justo.

La cegadora luz blanca desconcertó momentáneamente a ambos rivales, pero ella reaccionó con prontitud empujando a su joven oponente y adueñándose de la situación. A partir de ese momento sus vidas cambiaron drásticamente y pusieron en serio peligro las de todos sus congéneres.

Pocos minutos antes...

Una placentera calma reinaba en aquella vivienda ubicada en el centro del pueblo. Una pareja descansaba en el sofá de la sala de estar, él observando distraídamente la televisión y ella dormitando en su hombro. Ninguno fue consciente de que, entre las sombras, una intrusa maldecía en voz baja.

—A veces, las cosas no salen como se planean—la sorprendió una voz masculina.

Se volvió y contempló a un joven de cabello castaño que, al reconocerla, palideció. Ella, conservando una frialdad impropia de la situación, le mantuvo la mirada.

—Había oído hablar de ti, pero imaginaba que eras mayor—comentó él, intentando distraerla mientras pensaba. No sabía qué es lo que realmente quería, pero sí que era extraordinariamente peligrosa y que debía que

actuar con rapidez.

Extrajo una tektet de su bolsillo, pero ella ya se le había adelantado. Desconcertados observaron que, tras activar las cartas, ambas levitaban perezosamente emitiendo un halo de luz blanca. Él trato de cerrar la puerta de la sala para evitar que el fulgor, que aumentaba vertiginosamente, cegara a sus padres. Fue en vano. El hombre, aunque adormilado, había oído y visto algo extraño y se dirigía a la entrada junto a su mujer para averiguar de qué se trataba. En ese momento el estallido luminiscente los envolvió y aquella arpía, veloz como una serpiente, los empujó violentamente contra uno de los muebles. Ambos cayeron al suelo.

Viendo que su situación se tornaba seriamente comprometida, el joven casi suplicó mirando a sus padres:

—Lo que debas hacer hazlo ya, pero por favor a ellos no los metas en esto.

Una sonrisa siniestra apareció al punto en aquel semblante gélido, en el que sólo parecían brillar como diamantes unos ojos verdes de profundidad infinita.

Supo en ese instante que todo había terminado y, al constatar que sus progenitores habían desaparecido de su vida para siempre, solo acertó a emitir un grito desgarrador. Posteriormente, con el rostro arrasado en lágrimas de frustración, ira y dolor, aquel joven juró venganza.